

I. INTRODUCCIÓN

“La mundialización de los acontecimientos suscita la mundialización de las voluntades, ilustrada por el auge de las ONG y de los movimientos internacionales de solidaridad, pero también la aparición, aún tímida, de formas de buen gobierno mundial, como atestigua la organización de las cumbres de las Naciones Unidas, que, cada vez más, tienden a reunir a gobiernos, fuerzas vivas de la sociedad civil, expertos en prospectiva, sector privado y ONG”

MAYOR ZARAGOZA (2000), pág.19.

Una de las características más destacadas del acelerado proceso de globalización en curso es la existencia de una asimetría creciente entre el elevado grado de integración de los mercados internacionales y la reducida capacidad reguladora de este proceso a escala mundial. De este modo, las interdependencias entre países tienden a generar efectos indirectos -las llamadas externalidades- tanto positivos como negativos, que superan el ámbito nacional y, en consecuencia, acrecientan el papel de las Naciones Unidas en la búsqueda de soluciones consensuadas entre todas las naciones.

Más concretamente, resulta imperativo reforzar la gobernabilidad global por tres tipos de razones:

- Los problemas más acuciantes a escala mundial *“se mofan de las fronteras”*¹. Esto se pone especialmente de manifiesto al considerar las preocupaciones medioambientales más graves (cambio climático, aumento de la demanda de energía, falta de recursos hídricos y desertización, entre otros), pero también se percibe con claridad al constatar el grado de inestabilidad creciente de los mercados financieros internacionales, caracterizados por un elevado nivel de contagio de los episodios de crisis financieras. El margen de maniobra de las autoridades económicas nacionales en éste y otros ámbitos – y muy particularmente el de las naciones en desarrollo - ha quedado seriamente mermado y a merced de fuerzas poderosas de distinta índole – movimientos de capital, cotizaciones de las materias primas, tipos de interés, tipos de cambio y un largo etcétera – que ningún gobierno aislado individual puede llegar a dominar del todo.
- Por otra parte, la comunidad internacional debe esforzarse en encontrar soluciones al escandaloso nivel de desigualdad económica que existe entre los niveles de renta de los países desarrollados y los de los países en desarrollo, que se traduce, a su vez, en profundas diferencias en el acceso a

¹ MAYOR ZARAGOZA (2000), pág. 24

servicios sociales básicos, tales como la sanidad o la educación. Una manera sumamente ilustrativa de percibir la fuerte concentración de la riqueza que caracteriza a la economía internacional es reproducir las desigualdades mundiales a una escala más reducida, comparando el planeta con una aldea de 1000 habitantes en la que se mantendrían las mismas proporciones en el reparto de la renta y el acceso al desarrollo (Cuadro 1).

CUADRO 1. DISTRIBUCIÓN DE LA RIQUEZA
En nuestro "pueblo" de 1000 habitantes, representativo de los 6.100 millones de habitantes del planeta:
→ La persona más rica del pueblo tendría una renta similar a la mitad de los pobladores.
→ 120 habitantes controlarían la mitad de la renta del pueblo.
→ 200 personas vivirían en situación de pobreza (la gran mayoría de ellos, mujeres y niños).
→ 380 habitantes serían niños (tendrían menos de 15 años). 120 de ellos nunca habrían pisado un aula de clase y 70 tendrían que trabajar para sobrevivir.
→ De los 620 habitantes mayores de 15 años, sólo 15 tendrían estudios universitarios, en cambio, 170, no sabrían leer ni escribir.

Fuente: TORIBIO (2003), pág. 91

Esta situación exige una respuesta por imperativos éticos, pero también porque la pobreza de buena parte de la Humanidad acaba siendo fuente de numerosos problemas que también trascienden las fronteras nacionales. Así, fenómenos tales como el deterioro ambiental, las migraciones masivas (provocadas, entre otras razones, por los numerosos conflictos bélicos regionales), la difusión de enfermedades o la creciente inseguridad causada por el narcotráfico o el terrorismo, sin ser resultado exclusivo de la pobreza, son exacerbados por ésta y, a su vez, tienden a perpetuarla. Existe, en efecto, un consenso generalizado entre los expertos en desarrollo, que defiende una concepción de la pobreza como una manifestación más de una "crisis de sostenibilidad" - por utilizar la expresión de NIELSON (2002) - que ha heredado el siglo XXI y que contaría con al menos otras dos vertientes

interrelacionadas: la problemática medioambiental y la inestabilidad política, tanto en el interior de numerosos países, como en el escenario internacional ².

- Un tercer tipo de argumentos que justifican la necesidad de reforzar el papel de las instituciones globales, se fundamenta en la constatación de que el mercado, por sí solo, no podrá dar respuesta a las múltiples y apremiantes cuestiones que deberán resolverse para alcanzar un desarrollo sostenible en su triple vertiente económica, social y medioambiental.

En línea con esta tesis, la postura defendida por BIRDSALL y CLEMENS (2003) es difícilmente refutable, cuando recomiendan que se apliquen a escala internacional, medidas que han demostrado su idoneidad durante décadas en los países del Norte. Así, si bien los economistas disienten acerca de si el incremento del gasto público en términos de PIB que se ha producido desde finales del siglo XIX hasta nuestros días, es causa o resultado del propio proceso de crecimiento económico, lo que es indiscutible es que buena parte de ese elevado gasto ha ido a parar a la creación de redes de seguridad y otros bienes que los mercados no producen, pero que son extremadamente importantes para la consolidación de un verdadero proceso de desarrollo. Los ciudadanos de los países ricos han aprendido pues, a lo largo de varios decenios, que existen ciertas políticas públicas que complementan la actuación del mercado y generan resultados positivos para el conjunto de la sociedad: crecimiento económico, estabilidad y prosperidad. De este modo, han dotado a sus gobiernos de poderes crecientes a fin de asegurar unos niveles adecuados de cohesión social. Pues bien, este mismo esquema puede ahora reproducirse a escala internacional dado que el mercado mundial no es más eficiente que los mercados nacionales, en lo que se refiere a la provisión de redes de seguridad social, de servicios educativos y sanitarios básicos o en el funcionamiento perfecto y con todas las garantías de los mercados de capital. De igual modo que las clases privilegiadas de los países ricos asumieron en su día la necesidad de cubrir la mayor parte de la carga financiera que la corrección de esos desequilibrios implicaba, ahora deberían ser los países desarrollados los que claramente asuman la responsabilidad de rectificar el funcionamiento del mercado global.

² Resultaría demasiado prolijo recoger aquí las numerosas y variadas referencias bibliográficas que han abordado con este nuevo enfoque integrado el tema de la pobreza: KING y SCHNEIDER (1991); AHMED y BREDENKAMP (2000); LUSTIG y STERN (2000); ALONSO (2001); COMISIÓN EUROPEA (2002a); BANCO MUNDIAL (2003) y PNUD (2003) son tan sólo algunos ejemplos representativos.